

Don Quijote de la Mancha



Aurora Guerra Tapia
Profesora titular
de Dermatología.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de la Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid.

*—Situémonos aquí. Entre el espejo ustorio y el oleaje del mercurio del estanque de Medina Azahara. De pie y juntos, dibujaremos un ser mutante sobre el que se reflejen las gemas preciosas de las sortijas de Cartier y los cristales refulgentes de los pendientes de Swarovski. Tal vez volemos como exhalaciones luminiscentes, y tal vez lleguemos a estar en todas partes: en cada pared, en cada suelo, en cada techo, ubicuos como dioses, en forma de luz y de aire.
—Pero, ¿quién nos besará entonces?
—Las mariposas.*

Así desearía que fuera cada uno de los renglones escritos a continuación: un destello, una brisa fresca, una mirada aguda, un dibujo multicolor, un mosaico que como un Proteo repetido en infinitas variaciones, encierre en cada azulejo la solución al jeroglífico de misterios inéditos, de hechos insospechados, de perfiles y rostros desconocidos... Y todos ellos en relación con la Dermatología. La historia, la pintura, las curiosidades, las efemérides, el cine, las biografías, el periodismo, el humor, los mitos... Todas esas caricias rozando la piel.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Y esta vez, por ser éste el primero de los artículos de la nueva sección «El beso de la mariposa», deberíamos hablar del primero, del grandísimo autor Don Miguel de Cervantes Saavedra, nacido en Alcalá de Henares en 1547 y fallecido en Madrid en 1616, también llamado el Príncipe de los Ingenios. Curiosamente, su padre, Rodrigo de Cervantes, de ascenden-

cia cordobesa y de antepasados gallegos, era cirujano, lo que pudo influir en los abundantes conocimientos médicos que a tenor de lo escrito poseía el autor de tantas obras universales. De todas ellas, la más paradigmática es la novela titulada *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Intentar definir, resumir o clasificar esta ficción universal es una tarea demasiado ardua. Tal vez sea recomendable, en un acto de humildad, recurrir a las palabras del escritor Fiódor Dostoievski. Este magnífico explorador de la psicología humana, en el complicado contexto político, social y espiritual de la sociedad rusa del siglo XIX, dice en su *Diario de un escritor* (1876) a propósito del Quijote:

«En todo el mundo no hay obra de ficción más profunda y fuerte que ésta. Hasta ahora representa la suprema y máxima expresión del pensamiento humano, la más amarga ironía que pueda formular el hombre y, si se acabase el mundo y alguien preguntase a los hombres: «Veamos,

¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella?», podrían los hombres mostrar en silencio el Quijote y decir luego: «Ésta es mi conclusión sobre la vida y... ¿podrías condenarme por ella?»

La dermatología se encuentra reflejada, en muchos de sus aspectos, a lo largo de los diferentes capítulos y los distintos personajes. Así, el protagonista, Don Quijote, enamorado de Dulcinea, advierte en ella signos de belleza irrefragables como son los lunares o nevus.

«Aunque a decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quitales un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete u ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo.»

Y también:

«Y si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes.»

No es tan bella la nariz del escudero Del Bosque, pues «cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas».

Sancho Panza, el fiel escudero de Don Quijote, portador de un trastorno psicótico compartido, conocido más comúnmente como «*folie a deux*» o «locura de dos», refleja alguno de los signos clínicos de la afectación neurológica de la lepra cuando habla de «gafos», que quiere decir «dedos contraídos constantemente», o «mano en forma de garra».

Y cuando describiendo a un personaje explica que «por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo que se le saltó de viruelas, y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes», está realizando una incuestionable referencia a las cicatrices atróficas que deja la viruela, cuando no es mortal.

Y ¿acaso no es una muestra de amor, querer compartir el prurito del cuero cabelludo, aunque sea

producido por la *pediculosis capitis*, vulgarmente conocida como infestación por piojos? «¡Oh! ¡Quién se viera en tus brazos o si no, junto a tu cama, rascándote la cabeza y matándote la caspa!».

La tiña, infección fúngica muy frecuente en la época, pudo ser la que padeciese el amo llamado Uchalí Fartax, que quiere decir en lengua de los turcos «renegado tiñoso». Era frecuente entre los turcos ponerse nombres de algún defecto físico, aparte de los cuatro apellidos de linaje que descienden de la casa otomana.

Y no puede olvidarse Miguel de Cervantes de la cosmética cuando habla de las mudas o mascarillas de belleza que sirven para quitar las manchas solares, aunque con cierto tono de desprecio: «y no sé qué botecillo de mudas para la cara...»

Y además...

–Dame un beso.

Entonces el niño acerca su cara, inclina la cabeza y roza la mejilla con el ligero movimiento de sus pestañas. Un delicado contacto que, por un instante, despeina a un viento sorprendido en un festín prodigioso de efímera belleza. El niño arrulla con los ojos, los abre para ver su realidad, los cierra para ver su sueño, y se queda así, prendido en una mirada inasible bajo los párpados perdidos.

El beso de la mariposa.

Se llama «beso de mariposa» al roce intencionado, al aleteo sutil de las pestañas contra la mejilla. Los niños son los protagonistas preferidos de esta muestra de cariño.

